

Diario de la Marina
mayo 3-1938

**EL ARBOL Y
LOS PARQUES
EN CUBA Y
SUR AMERICA**

POR EL DR. JOSE MANUEL CORTINA

CUBA, PAIS SIN JARDINES.—LO QUE SE HA HECHO EN DIVERSAS CIUDADES DE AMERICA DEL SUR.—JARDINES CUBIERTOS DE HIERBA, ARBOLES SIN CABEZA, VERDADEROS MUTILADOS EN NUESTRA GUERRA CONTRA EL ARBOL.

UNO de los espectáculos más impresionantes de Sur y Centro América es observar los distintos cambios de la Naturaleza en la vegetación y en relación con las alturas y zonas tropicales, semitropicales y aún áridas y estériles, que también las hay.

Domina casi toda la América del Sur, en grandes extensiones, la Cordillera de los Andes, en cuyas estribaciones y cimas fundaron los españoles numerosas ciudades, las cuales gozan del estimulante frío de montaña, que varía en intensidad según la altura y la latitud.

Muchos de estos climas de altura tienen, sin embargo, el defecto de la igualdad. Les faltan los cambios más o menos relativos de temperatura, que, en el curso del año, dicen los higienistas, son menester para tonificar y dar fuerza al organismo. Ningún clima que se mantenga siempre igual es bueno para el hombre.

No obstante esto, en ese inmenso Continente la Naturaleza lo da todo, pues lo que no se encuentra en una zona, se halla unas cuantas leguas más adelante, y la vegetación y la variedad botánica se multiplican hasta el infinito.

El Continente Sur Americano, por el relieve y forma de sus tierras, es una zona de difícil comunicación. Las nacionalidades allí enclavadas se han concentrado en sí mismas, aumentando su personalidad, adquiriendo rápidamente cierta belleza, arte y pensamiento propios.

Faltan, desde luego, varias décadas para que esa fuerza de creación propia llegue a su total esplendor, y su influencia sobre el mundo se aumente y marque como un tipo nuevo de progreso. Lo obtenido, sin embargo, señala a la América como una zona única y original en el mundo y un verdadero laboratorio de

la civilización, dentro de un ambiente primitivo y grandioso.

Las capitales de Sur América, sobre todo en estos últimos tiempos, han alcanzado inusitado esplendor en la sumptuosidad y grandeza de la arquitectura y en sus nuevos planes de urbanización, utilizando al efecto técnicos y artistas de jardinería y edificaciones para planear el crecimiento de la ciudad, en forma sorprendente por su belleza y por su audacia, la magnificencia de su arbolado y el cuidado de sus jardines.

La ciudad de Lima ha desdoblado el relicario de sus antigüedades en una serie de modernas avenidas radiales y de circunvalación que le dan hoy ya un singular atractivo. En la decoración de sus nuevas avenidas se ve el estilo de urbanización de París.

Si seguimos a Chile, Santiago y Valparaíso, son también audaces las demostraciones de urbanización y de buen gusto. La naturaleza chilena, en donde predominan las montañas, ha sido aprovechada para establecer sitios de belleza, hoteles, «repartos», que por estar en montañas y colinas situadas dentro de la zona de población, ofrecen a la ciudad perspectivas de luz, colorido y horizontes de rara y sugestiva atracción. Chile es Suiza, con la perspectiva ruda y grandiosa de los Andes y la inmensidad de los horizontes americanos.

Buenos Aires es una gran urbe en plena ebullición. La vieja ciudad ha sido rodeada y cruzada por un cinturón de avenidas que todos los días se mejoran y amplían. Las edificaciones se multiplican, sumándose a los palacios de la antigua opulencia argentina, rascacielos nuevos y edificios públicos de magnífico aspecto.

Los jardines y bosques de Palermo en Buenos Aires, y la avenida que bordea el Río de la Plata, son una exposición constante de nuevas plantaciones, en donde la jardinería cuidadosa se observa a cada paso, con más escriptulo aún que si se tratara de una lujosa propiedad privada.

Se nota en Buenos Aires un afán febril, despreocupado y valeroso de engrandecer la ciudad, cueste lo que cueste; de superar lo que existe con algo mejor. A esto hay que agregar la energía constructiva de las autoridades, que no temen expropiar, destruir calles y de-

moler edificios constantemente, para alcanzar nuevos tipos de progreso y belleza urbanos. Allí no ocurriría lo que pasa aquí en la Habana, donde—por ejemplo—las líneas elevadas de los tranvías—derruidas, viejas y casi inútiles—destruyen toda la belleza y perspectiva del puerto; y las autoridades, llenas de invencible timidez, dejan pasar los años sin hallar la fórmula para hacerlas desaparecer. Parece que la capacidad ejecutiva no predomina en el carácter cubano.

Si se continúa a Montevideo, sorprende el progreso de los uruguayos, que han hecho una capital de más de 500.000 habitantes, en donde numerosos jardines y avenidas a orillas del mar la bordean, habiendo acoplado una bellísima ciudad de playas y turismo a la antigua población de estilo español colonial. Hay partes de Montevideo que se asemejan a la Habana antigua. Después, en toda la orilla del mar y otros ángulos citadinos se multiplican los parques, playas y bosques bien dibujados y mejor cuidados, en donde se recuerdan las mejores florestas y las jardinerías más perfectas y bellas de Europa.

En cuanto a Río de Janeiro, su fama es extraordinaria y merecida. El agua del mar penetra en una ensenada, que se nos antoja como el valle de Viñales lleno de agua, y en donde los farallones se levantan o en la orilla o dentro del mar produciendo esos espectáculos de colorido, contraste y esplendor que ofrece el agua cuando bordea colinas cubiertas de vegetación. La ciudad se extiende en los linderos de un semicírculo montañoso, y el efecto de las luces reflejadas en el verdor de las montañas y picachos y en el agua tersa de la bahía, producen una multiplicación de sombras y reflejos de inusitada belleza.

También los jardines en Río de Janeiro se caracterizan por lo bien cuidados. Las palmas reales no son indígenas del Brasil, según se informa allí mismo. Fueron traídos los primeros ejemplares de Cuba, en la época del Imperio, y después propagados cuidadosamente por medio de semillas.

En Río de Janeiro las palmas reales son cuidadosamente regadas, abonadas y lavadas, por lo cual tienen un esplendor inusitado, que ornamenta con regia belleza aquella capital. Desde luego, en la inmensidad de tierras brasileras abundan mucho otros tipos de palmeras. Esta indicación sobre las primeras llevadas de Cuba sólo corresponde a la palma real, que allí la llaman también «palma imperial», según me dijo el jardinero que cuidaba una magnífica plantación de orquídeas existente en el puerto de Santos, que, como es sabido, es por donde exporta el Brasil más de 15 millones de sacos de café.

Panamá también ostenta bellezas nacientes y muy bien cuidadas.

En climas menos propicios que el nuestro, he visto los canteros florecidos, con muchas variedades de color y perfume, y a los numerosos jardineros muy atentos al movimiento de la vegetación, con tijeras y artefactos de agricultura. También ví siempre mangueras y chorros de agua usados generosamente para refrescar las raíces de los árboles en los parques para mantener lozanas y vigorosas las flores de los canteros.

En todas estas ciudades hay hermosos bosques de gran extensión unidos a jardines públicos, que enmarcan el conjunto de edificaciones con grandioso fondo de verdor.

Hay caprichosas fuentes por donde corre el agua. No pasa como en la Habana, la única ciudad en el Mundo que construye fuentes bellas para dejarlas siempre muertas, sin la vida que da el canto de los surtidores.

Al mismo tiempo que realizaba estas observaciones noté la penosa diferencia que hay entre esas ciudades y lo que ocurre en la Habana y toda Cuba. Nosotros con poco dinero, podemos pagar jardineros prácticos que se ocupen de nuestros parques y jardines, y darles agua, aunque sea los domingos, a las fuentes públicas.

Nuestros jardines, comparados con los de las capitales suramericanas son muy malos, deficientes y con muy escaso gusto trabajados. El descuido de nuestros parques y la ausencia de jardineros expertos, resalta de una manera dolorosa frente al artístico cuidado que en todas esas grandes capitales americanas se tiene por las flores y por la belleza.

Nuestra Naturaleza permitiría lograr una de las más esplendorosas ostentaciones de color y perfume del mundo. Nuestros parques, aunque pequeños y escasos, podrían estar bien cuidados con poco dinero, poblados de arbustos y plantas de color y también plantas odoríferas que darían perfumes penetrantes, con muy escaso cuidado. Sin embargo no se hace, y no parece preocupar gran cosa a las autoridades.

Hace pocos días pasé por frente a la Plaza de Armas, que fué restaurada por el Ayuntamiento. Los jardines están cubiertos de hierba. Las escasas flores que se han sembrado viven una vida miserable y sin cultivo. Las cuatro pequeñas fuentes, ya sucias y cansadas de dar agua, empiezan a tupirse. Esto acusa desidia y falta de cuidado. Sin embargo, con unos cuantos pesos para pagar un buen jardinero, podría ser una ostentación de hermosa jardinería que completara la decoración de la bella plaza situada frente la evocadora estructura del Palacio del antiguo Capitán General. Ese parque debiera ser cuidado por el Alcalde, si no lo hace el Secretario de Obras Públicas.

Así pudiéramos seguir por los otros jardines de la ciudad. El cuidado que ellos reciben está reducido a cortar algunas veces el césped; pero la resiembra de arbustos, el cultivo de las plantas, la renovación de éstas brilla por su ausencia. Sin embargo, lo que más llama la atención, lo que más resalta, es el odio que en la Habana y en todas nuestras ciudades hay contra el árbol grande y frondoso, y el amor que en Sur América le tienen al árbol copudo, gigantesco y hermoso, como lo viene señalando en sus artículos Armando Maribona.

En los parques de Valparaíso, en Santiago de Chile y, sobre todo, en Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro, los árboles gigantescos abundan. En varios parques de Buenos Aires ciertos árboles, que han logrado alcanzar un follaje extraordinario y un tronco muy grande, están rodeados de señales y cercados cuidadosamente como monumentos públicos, y se lleva a los visitantes para que los contemplen.

La poda de los árboles se hace sólo recortando las ramas de abajo y conser-

vando o levantando la copa lo más alto posible, para que ésta se extienda frondosa y gigante sobre las calles, dándoles sombra, fresco y atractivo.

Se reverencia al árbol; se le valoriza como una riqueza estética, y las avenidas en donde el follaje cubre casi toda la calle, son considerados de primer orden.

El problema de la destrucción del árbol en la Habana, que luego se ha propagado a las demás ciudades de Cuba, es algo que no tiene explicación posible. Seguramente, hace unos treinta años vino aquí algún mediocre jardinero que podó ciertos arbustos, reduciéndolos en su proporción para adornar alguna terraza. Estos arbolitos, podados en forma de mota o de copa, parece que llamaron la atención como cosa exótica, extraordinaria y distinguida. A partir de ese momento, eso, que pudo tener aplicación en un pequeño jardín de niños para decorar una terraza soleada, se ha extendido a los álamos de todos los parques, a los laureles de todas las avenidas, a los árboles de todas las carreteras y, por último, a todos los pueblos de Cuba, llegando a considerarse de mal gusto los árboles grandes. Si tienen ramas u hojas extendidas se cree que es una cosa fea y cursi y que no está a la moda, e inmediatamente viene un hombre armado de un hacha y, con verdadero furor, derriba todas las ramas y deja el tronco desnudo, para que éste eche únicamente unas cuantas hojas, logrando la consabida forma de bola, que no da sombra, ni tiene belleza natural ninguna.

El sistema se ha propagado de un modo tan frenético, que hace algún tiempo pasé por la provincia de Santa Clara y pude ver en el parque de Placetas, derribados en el suelo, como diez laureles gigantes; y sembrados al lado otros de metro y medio de altura, con

sus ramas podaditas en forma de mota, en medio de un parque que el sol convertía en horno.

En el parque central de Matanzas ví algo igual. Todos los árboles estaban derribados. Parece que los consideraron una ofensa a la ciudad.

La tontería de la Habana, por contagio, se ha extendido a toda la Isla, y hoy no permitimos que las alamedas de ninguna ciudad de Cuba tengan árboles, a menos que estén reducidos al tronco y unas cuantas hojas.

Los árboles en la Habana, como se podan de arriba hacia abajo, tienen sus hojas y nuevas ramas tan cerca del suelo, que no se puede caminar por la calle sin tropezar con ellos. No existe en la Habana ninguna alameda en que se cruce el ramaje en el centro, dándole esa dulce penumbra que embellece tanto a las grandes ciudades cuando están bien pobladas de conveniente vegetación.

El Vedado, que podía ser una maravilla por su arbolado, no ofrece más que una colección de arbustos, recortados hasta el ridículo, pues varias veces al año son decapitados. En los repartos, el destrozo es aún mayor.

No faltan, además, aprovechados que derriban esos árboles para llevarse la leña a las panaderías y la hoja para forraje de vacas, a espaldas de las autoridades; es decir: que el supuesto deseo de podar envuelve también una importante ventaja económica oculta. Los árboles de la Habana y Marianao son el material gratuito para una industria bien organizada de madera y hojas, que va logrando vivir del pretexto de las podas.

En Marianao, las avenidas todas, que debían tener arbolados enormes, en que los álamos y laureles hubieran extendido sus ramas con la irregularidad magnífica de la Naturaleza, son desmochados cada tres meses, de manera que quien pasa por allá en el verano, toma una insolación, y además se pregunta si somos locos u odiamos la belleza.

Este furor contra la estética y contra la Naturaleza es inexplicable en un pueblo tan inteligente como Cuba. En la escuela debieran enseñar y estimular la sensibilidad estética, para ver si las generaciones que vienen no continúan incurriendo en estos errores.

La naturaleza tropical de Cuba es insuperable. Una arboricultura y jardinería bien dirigidas adornarían de tal modo a nuestras ciudades, que serían maravillas universales, y lo harían con poco dinero. Pero ignoro lo que pasa. ¿Es la ausencia de jardineros? ¿Es la ignorancia absoluta de la decoración natural de las ciudades? ¿Es incuria o abandono? No quiero analizar mucho cuál es la causa. El hecho es que Cuba y la Habana son una excepción en toda la América, porque constituimos el único país que destroza los árboles, los convierte en troncos feos y rudos y deja la jardinería pública reducida a arbustos ridículos, descuidados y, con muy raras excepciones, desprovista completamente de arte.

Escribo este artículo a fin de llamar la atención a los que pueden actuar vigorosamente en este problema. El error y la falta que se comete es tan grave y está tan extendido, que va constituyendo una verdadera calamidad pública.

La crítica, para que sea eficaz, debe ser justa. Yo reconozco que en estos últimos tiempos algo se ha hecho por mejorar los males que señalo. La Corporación Nacional del Turismo, con su Presidente doctor Luis Machado, se ha esforzado en mejorar la Quinta Avenida en la que he notado que, por primera vez, se han realizado podas inteligentes y hábiles.

Por ciertas autoridades se han hecho públicas declaraciones contra la poda indebida de los árboles, y he de reconocer que el afán del propio Presidente Laredo, de iniciar el Bosque de la Habana, en medio de las sonrisas e indiferencia de muchos, es algo plausible y digno de reconocimiento público.

Todo esfuerzo que rompa con la rutina o con la indiferencia general, requiere una fuerte voluntad y un gran amor al interés colectivo. En la Secretaría de Obras Públicas ha habido hombres como el ingeniero Centurión, como el Agrónomo Van Herman que se esforzaron por realizar la labor de mejoramiento de los jardines y parques, pasando inadvertida por la insignificancia de los medios económicos de que disponían.

Podría señalar algún otro esfuerzo esporádico por mejorar los males que señalo. Sin embargo, si estos esfuerzos no son ampliados y llevados a mayor es-

cala, su beneficio es tan escaso que no remedian el mal. Es preciso atacar el problema desde su raíz, estableciendo reglas obligatorias permanentes que corrijan los defectos que señalo sobre todo en materia de arbolado.

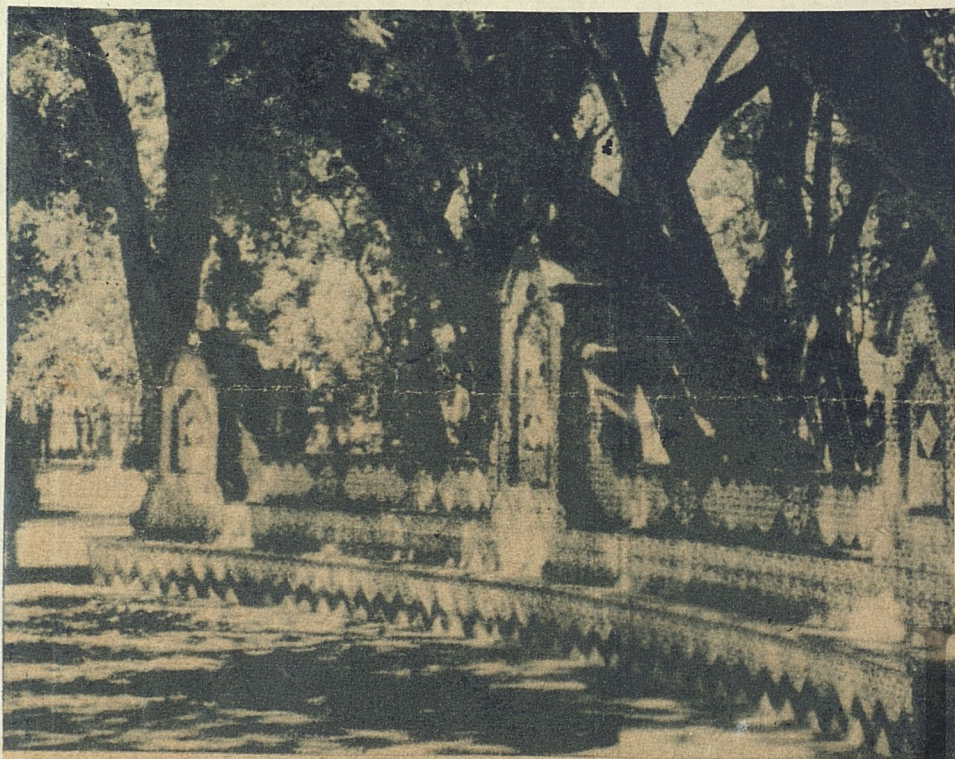
Además, se hace necesaria la creación de escuelas de jardinería y arboricultura decorativa, (unidas a otras muchas escuelas de oficios manuales, que está necesitando imperiosamente nuestra numerosa población escolar, si no quere-

mos llevarla a la desesperación económica). La agricultura elemental y sus oficios anexos, hay que enseñarlos a cientos de miles de cubanos, como reconozco que ya se ha empezado a hacer en las escuelas rurales de reciente creación.

Para obtener un remedio definitivo, en cuanto a los árboles, lo más adecuado sería que la Secretaría de Agricultura, de acuerdo con la de Obras Públicas, y mediante dictamen de técnicos, dictara las Ordenanzas de Jardinería y Arboricultura decorativa de la República, y que estas reglas fueran obligatorias y observadas estrictamente en todas las ciudades y carreteras, con penas fuertes para castigar a los que infringieran sus disposiciones.

La dirección principal de estas actividades debe corresponder al Secretario de Agricultura. Nunca he podido darme cuenta de la relación que tenga el Departamento de Obras Públicas con todos los problemas agrícolas que encierra el arbolado de las ciudades y sus jardines.

No desconozco que en Cuba hay muchas personas amantes de la belleza, y tenemos técnicos y expertos capaces de realizar estas ideas; pero el problema está en utilizarlos y obtener un resultado de evidente beneficio. Si esto se hace, en muy corto tiempo nuestras carreteras y nuestras ciudades, con relativamente poco gasto, y con el concurso de la opinión pública, adquirirán una belleza, un colorido, un majestad y una armonía tan extraordinarias, que al verlas lucir bajo el esplendor de nuestro sol magnífico, nos parecerá que hemos descubierto una Cuba más bella y una Cuba mejor.



CIUDAD DE MEXICO. Banca de azulejos en la Alameda

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



CHAPULTEPEC. El Castillo asomado entre las frondas



LA GLORIETA del Quijote. Chapultepec



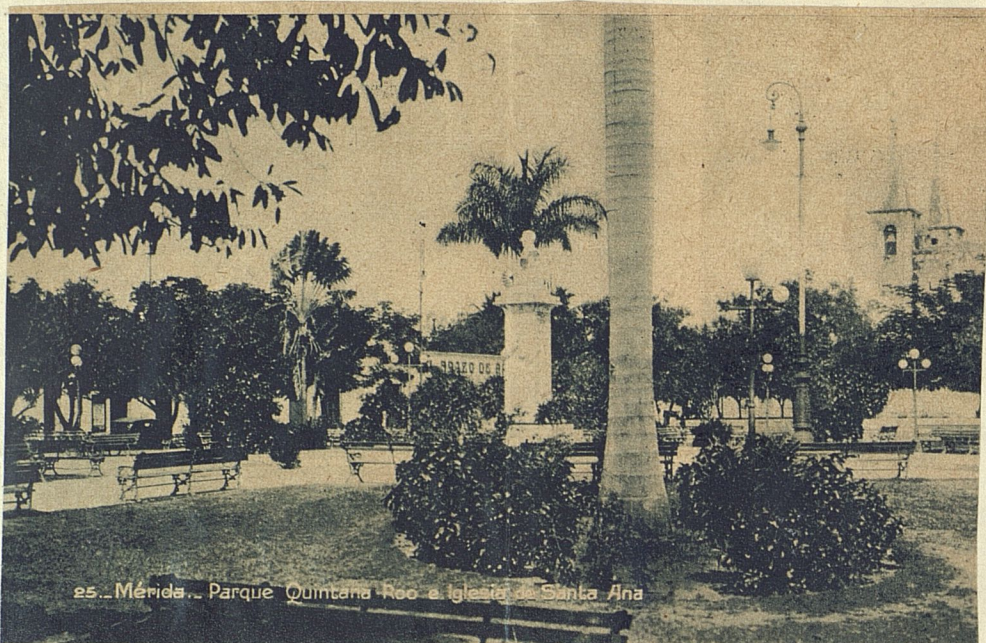
CALZADA de los Filósofos. Chapultepec



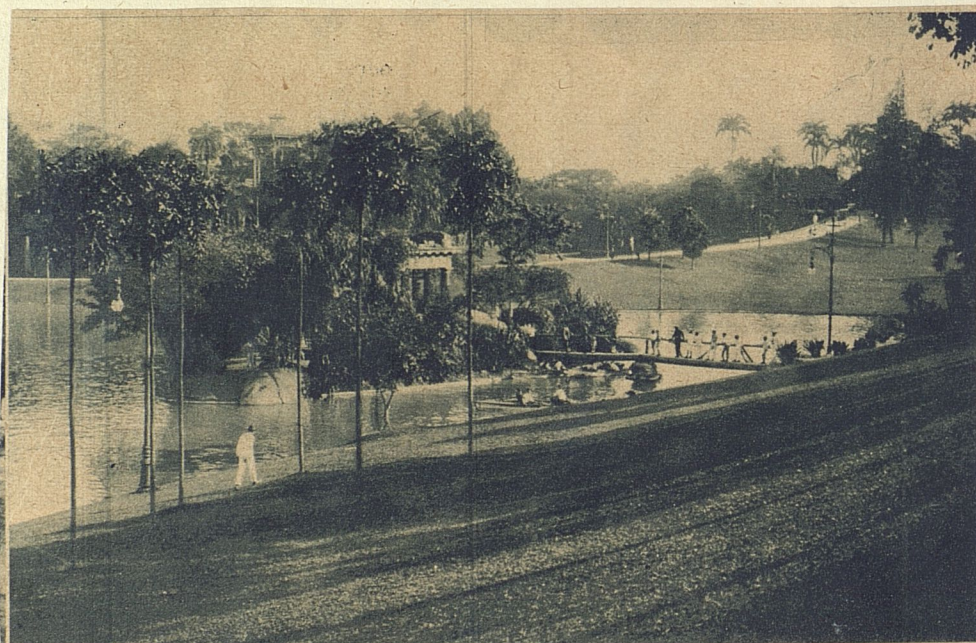
XOCHIMILCO. Por los canales.

IP
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



MÉRIDA (Yucatán, México). Un aspecto del Parque Quintana Roo. (A la derecha): La iglesia de Santa Ana



RIO DE JANEIRO (Brasil). Un detalle de la Quinta de Boa Vista, con su espléndido lago (en primer término)



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



TLATPAN. Las Fuentes
Brotantes



PAISAJE. Xochimilco.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL